

# "GeografÃ­as"

sÃ¡bado, 26 de mayo de 2007

Modificado el domingo, 27 de mayo de 2007

## MÃ©sica de PapagÃ¼evos

Por Santiago Gil

A veces uno quiere escribir sobre el amor y acaba escribiendo sobre la muerte. Otras nos planteamos un argumento hilarante y divertido y terminamos penando por las esquinas con un personaje patÃ©tico que no da una a derechas.

## MÃ©sica de PapagÃ¼evos

### GEOGRAFÃ­AS

Santiago Gil

A veces uno quiere escribir sobre el amor y acaba escribiendo sobre la muerte. Otras nos planteamos un argumento hilarante y divertido y terminamos penando por las esquinas con un personaje patÃ©tico que no da una a derechas. Pero tambiÃ©n de vez en cuando sentimos cÃ³mo tiembla una historia antes de que la escribamos. Es como si nos llamara a gritos, o como si nosotros sÃ³lo fuÃ©ramos el mÃ©dium del que se vale para contarse a sÃ­ misma tal como ella quiere ser contada. Resulta complicado y misterioso todo este proceso de la creaciÃ³n, y sin duda es siempre sorprendente. Por eso no dejamos de escribir, o de recordar, que tambiÃ©n es una forma de hilvanar historias mÃ¡s o menos inventadas. Pasaba lo mismo con la geografÃ­a que nos trataban de inculcar en nuestra infancia. Los profesores se empeÃ±aban en enseÃ±arnos el globo terrÃ­queo para demostrarnos que la tierra era redonda, pero luego nosotros veÃ­amos o imaginÃ¡bamos lo que nos daba la gana. Yo de niÃ±o nunca concebÃ­ que la tierra fuera realmente redonda. TenÃ­amos miedo a caernos por cualquier parte de la esfera a medida que iba girando. O bien te quedabas pensando cÃ³mo diablos nos podrÃ­amos quedar bocabajo y no darnos un tortazo o acabar descalabrados contra el suelo. Como no lo veÃ­amos claro no lo creÃ­amos. DecÃ­amos que sÃ­, que lo entendÃ­amos, y cuando habÃ­a que ponerlo en los exÃ¡menes se ponÃ­a y santas pascuas. Pero para nosotros la realidad geogrÃ¡fica era sÃ³lo la que Ã­bamos experimentando a medida que descubrÃ­amos el mundo mÃ¡s cercano. Yo recuerdo, por ejemplo, que a mÃ­ no habÃ­a quien me convenciera de que la montaÃ±a de El Gallego era Galicia. Y me daba igual que me llevaran hasta allÃ­ o me colocaran al lado de la ermita de San Juan seÃ±alÃ¡ndome la cercanÃ­a. Cuando yo veÃ­a los mapas no estaba viendo los lÃ­mite de Lugo, Orense, La CoruÃ±a y Pontevedra. En mi mente, fuera de la abstracciÃ³n del mapamundi, lo que aparecÃ­a era El Gallego. No concebÃ­a las distancias, y al fin y al cabo si ellos decÃ­an que era todo redondo yo tambiÃ©n me creÃ­a con derecho a poner los lugares donde yo los tuviera controlados. Eso sÃ­, mÃ¡s allÃ­ de la montaÃ±a de El Gallego me imaginaba el CantÃ¡brico, y mucho mÃ¡s arriba Inglaterra, Escocia y el Polo Norte, que en mis elucubraciones venÃ­a a quedar a la altura de Moya o de Fontanales. Cada nueva calle que Ã­bamos descubriendo era un paÃ­s o una regiÃ³n nueva en nuestra geografÃ­a mental. Lo otro ya digo que nos lo aprendÃ­amos de carrerilla para aprobar los exÃ¡menes, todos aquellos coÃ±azos del mapa fÃ­sico con rÃ­os, regiones montaÃ±osas y mil nombres rarÃ­simos que olvidÃ¡bamos segundos despuÃ©s de escribirlos en los exÃ¡menes o de repetirlos como una letanÃ­a en medio de la clase. Ya de entrada nos costaba dios y ayuda entender lo era un rÃ­o y lo que era una penÃ­nsula. Y nos fastidiaba que nunca aparecieran en los mapas el barranco de Las Garzas o el Pico de La Atalaya. Entonces sÃ­ que no se daba nada de geografÃ­a de Canarias, por eso no nos quedaba mÃ¡s remedio que inventÃ¡rnosla o que recolocarla en los mapas que nos enseÃ±aban. De lo contrario nos podrÃ­amos volver locos estudiando una realidad que ignoraba por completo nuestro mundo, no digo el mÃ¡s cercano y casero, sino incluso el insular y el regional. Las Islas Canarias aparecÃ­an entonces a la derecha de Valencia, y ahÃ­ las tuve yo situadas hasta que me las cambiaron de la noche a la maÃ±ana y las colocaron en otro recuadro, esta vez debajo de CÃ¡diz. CÃ³mo querÃ­an que creyÃ©ramos en la geografÃ­a si lo que nos habÃ­an enseÃ±ado de primero a quinto de egebÃ© nos lo cambiaban de golpe en sexto y nos movÃ­an del mapa el lugar donde vivÃ­amos. AsÃ­ es normal que los canarios de mi generaciÃ³n no hayamos confiado mucho en la geografÃ­a, y que por supuesto nos negÃ¡ramos a admitir que el planeta era redondo, o que giraba alrededor del sol. Siempre estaba quieto, y el Ãºnico sol en el que creÃ­amos era el que aparecÃ­a por el AlbercÃ³n de la Virgen y se escondÃ­a por la tarde en las montaÃ±as de Tenerife.

La nueva ubicaciÃ³n de nuestro territorio fue otro de los muchos cambios que se produjo en ese paso del franquismo a la democracia que nos tocÃ³ vivir a los niÃ±os de los setenta. No todo el mundo tiene la suerte de pasar por la vida y de haber vivido en dos sitios diferentes del planeta sin haberse movido de su casa. Nosotros sÃ­, nosotros hasta los once aÃ±os tenemos nuestros recuerdos en la cuenca mediterrÃ¡nea, y se supone que fue allÃ­ donde hicimos la primera comuniÃ³n y metimos nuestros primos goles por la escuadra. Luego, a partir de los doce aÃ±os, todo lo que fuimos viviendo ya se desarrollÃ³ en la costa norte de Ãfrica, mÃ¡s o menos frente a CÃ¡diz. Y un poco mÃ¡s tarde, cuando tenÃ­amos diecisÃ©is o diecisiete aÃ±os, ya nos bajaron un poco mÃ¡s abajo y nos colocaron donde estamos ahora. No sÃ©

el tiempo que duraremos aquí, por eso hay que vivir intensamente cada minuto que nos están regalando en este punto de encuentro entre tres continentes en el que se supone que estamos. Uno teme que cualquier día de éstos nos rueden más abajo y nos dejen a la deriva, o bien que nos suban y se empeñen en colocarnos al lado de Estocolmo haciéndonos más fríos y silenciosos. Así es normal que creamos en San Borondón. Al fin y al cabo es una isla que nunca ha engañado a nadie ni se ha dejado colocar en un mapa para que acabaran jugando con sus contornos como si fuera un Monopoly o un parchís. Ella aparece y desaparece, como para que sepamos que está ahí, pero no se deja trazar nunca por los geógrafos. Nosotros desde que éramos pequeños tenemos claro que lo más creíble de nuestra geografía era San Borondón. La queremos atisbar detrás de todos los horizontes, o en las costas de Sardina, el Puerto de Las Nieves o Roque Prieto. Después de lo que hemos vivido sabemos que la geografía no es más que un engaño abobos que utilizan para movernos a su antojo por todo el planeta. Por eso nadie logra que reneguemos de la magia, la felicidad y la apuesta por la paz y la armonía de San Borondón. San Borondón sigue siendo nuestra única esperanza. Nos da lo mismo que sigan sin colocarla en los mapas.

Mayo de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)